

CESAR GONZALEZ-RUANO

NI CESAR NI

④



No precisa César González-Ruano de presentaciones ni de mementos biográficos que serían paradójicos en esta hora en que precisamente alcanza una extraordinaria divulgación su vida con el resonante éxito de sus *Memorias*.

La madurez literaria de César González-Ruano, conseguida a través de su numerosa obra, y repartida en todos los géneros, ha llegado hoy a un sugestivo matiz de lirica nostalgia, desde donde el autor de *Ni César ni nada* ha repasado este medio siglo, que él no ha cumplido todavía, y que ha sabido retratar con una maestría insuperable.

Queremos hacer resaltar solamente que *Ni César ni nada* es el único y más reciente trabajo de César González-Ruano, después de sus *Memorias*. Por eso para los lectores y seguidores de este escritor tiene, sobre el literario, el interés máximo de su pálpito cercano, el aliciente de ser una narración breve, completa, poética y segura de un hombre en el momento más importante de su obra en marcha.

Más cerrado que nunca en su descubrimiento, «todo lo que no es biografía es plagio», vuelve aquí a verse al escritor clavado y absorto ante su propio existir. La novela surge sola de una vida tremenda y fragante como pocas, observada ahora desde la distancia que dan la meditación y la experiencia. El talento de César González-Ruano y su decisiva y esencial magnitud literaria, aparecen en *Ni César ni nada* de una manera indiscutible.

R.050277

NI CESAR NI NADA
(Edición facsimilar)

MAPFRE
CENTRO
DE
DOCUMENTACION

La Fundación Cultural MAPFRE VIDA agradece su colaboración y apoyo a la familia y herederos de César González-Ruano, así como a sus albaceas testamentarios, D. Rafael de Penagos y D. Salvador Jiménez, sin cuya ayuda y consejo esta edición no hubiera sido posible.

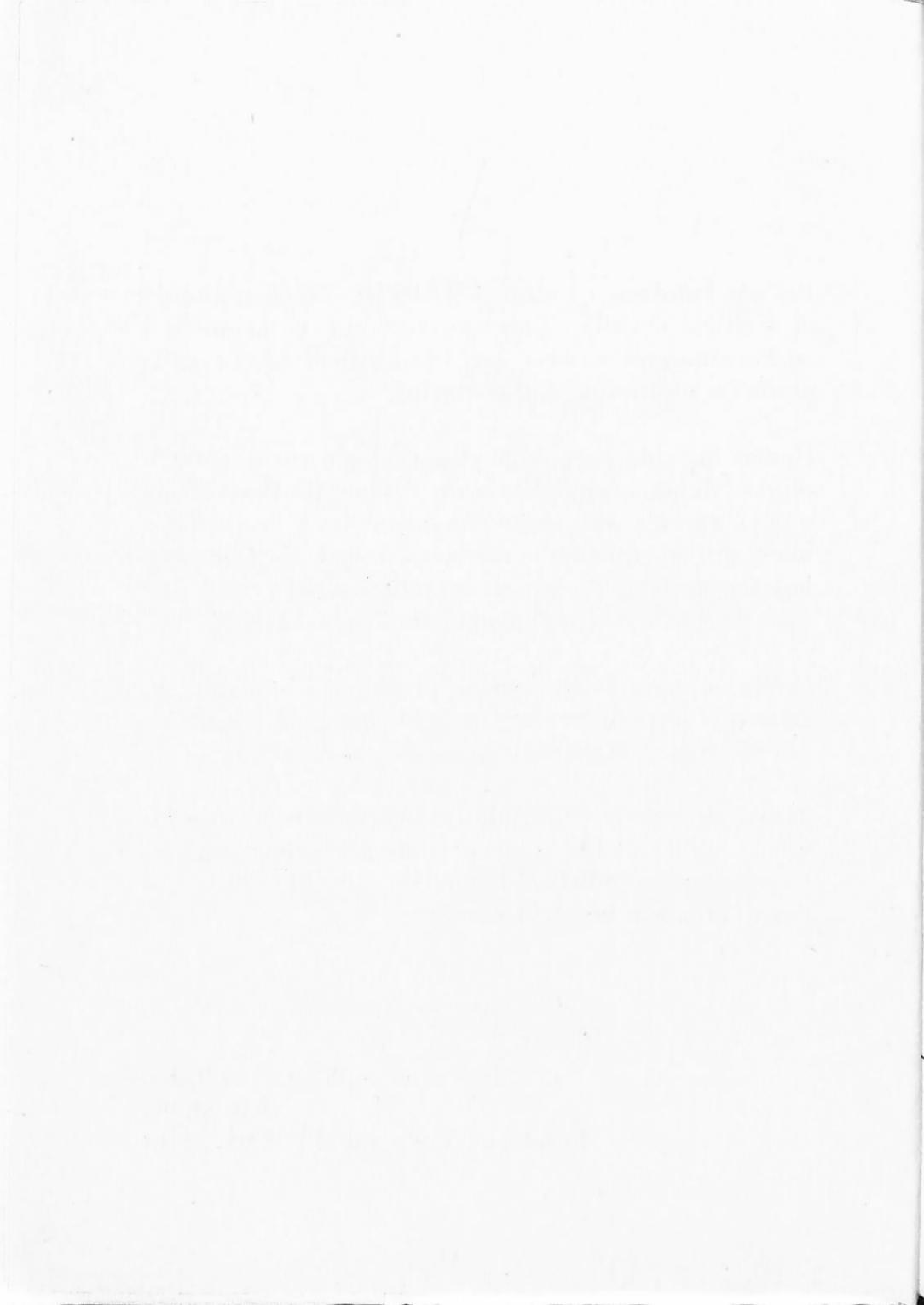
Para la Fundación Cultural MAPFRE VIDA es motivo de legítimo orgullo editar este facsímil en memoria y en homenaje al escritor que fue un brillante creador desde las páginas de tantos diarios.

Hemos querido perpetuar el magisterio sin par de su pluma, dando su nombre a un Premio de Periodismo que ya cumple dieciocho convocatorias y lo quisimos hacer por su entrañable relación con el Café Teide que hoy forma parte de uno de los edificios más emblemáticos de MAPFRE en el madrileño Paseo de Recoletos.

Desde su prosa diaria, tierna, profunda y humana, sugiere que nos adentremos en los temas más sencillos y por ello más complejos de la existencia humana.

Tratar de repetir editorialmente las condiciones en las que se editó este libro, nos permite acercanos aún más a su figura y rendirle el homenaje que sin lugar a dudas su creación literaria merece.

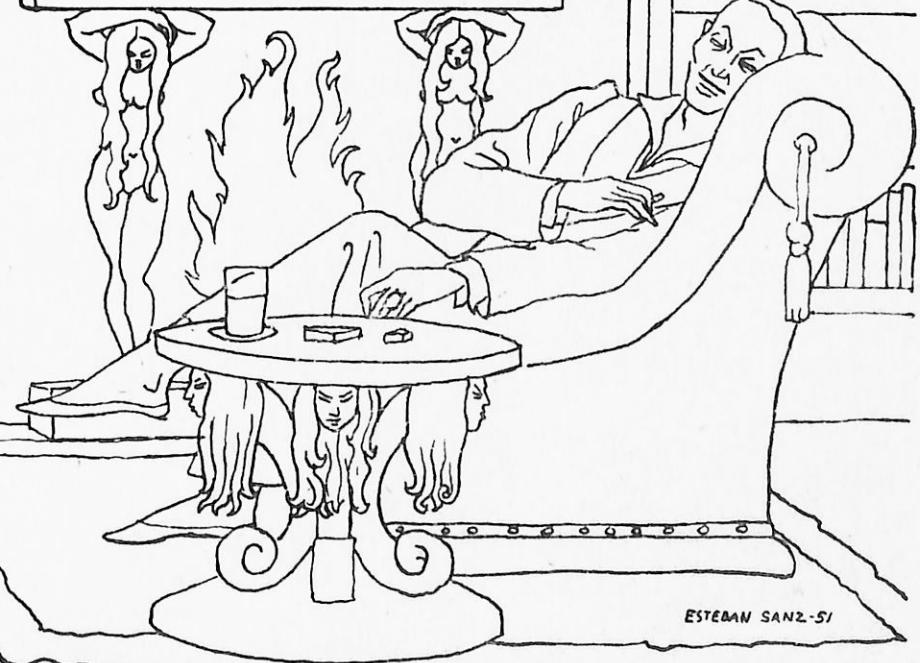
Juan Fernández-Layos Rubio
Presidente
Fundación Cultural MAPFRE VIDA

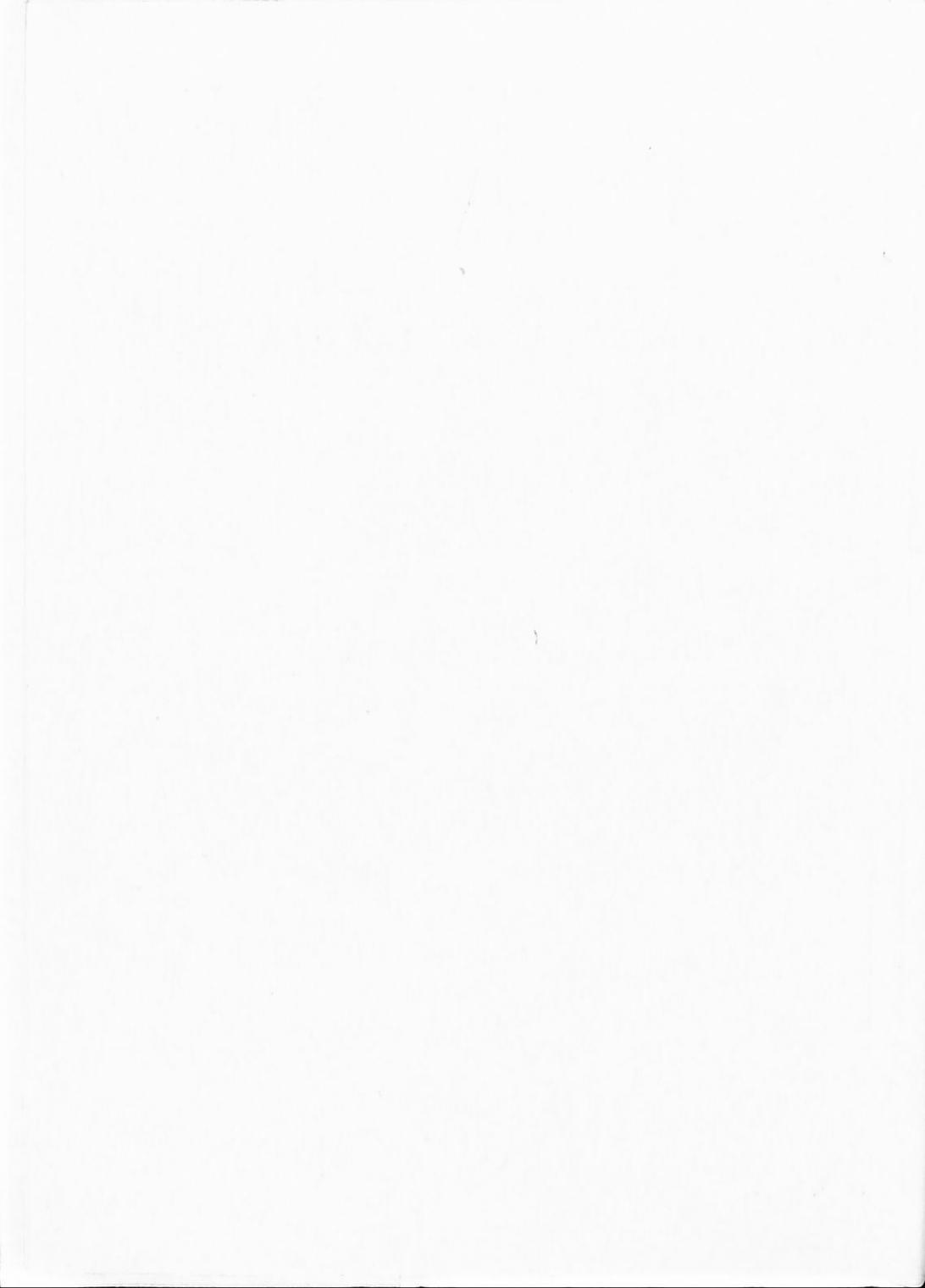


CESAR GONZALEZ-RUANO

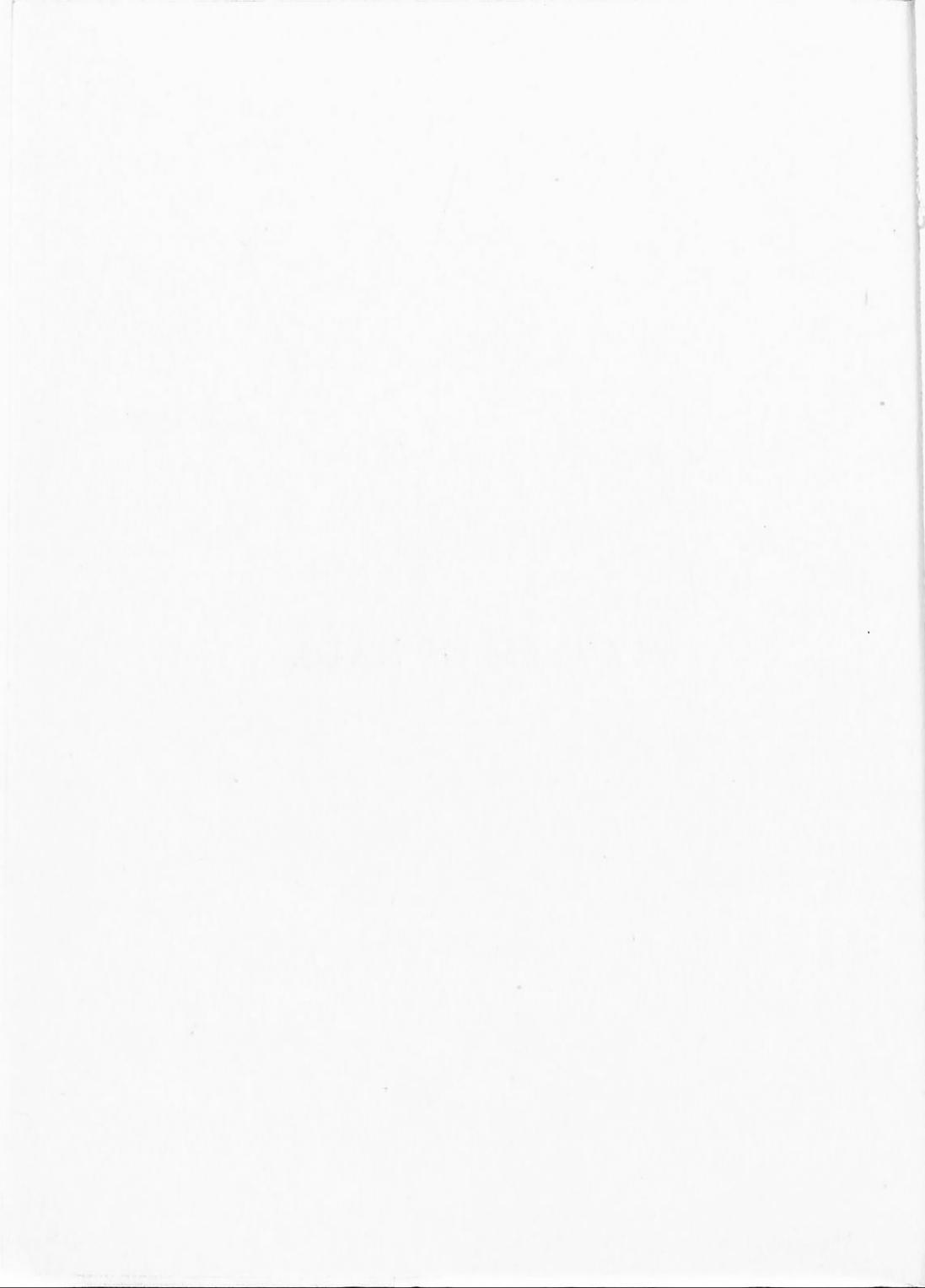
NI CESAR NI

NADA





NI CESAR NI NADA



CESAR GONZALEZ-RUANO

NI CESAR NI NADA
NOVELA

(PREMIO «CAFE GIJON, 1951»)

POR
TADA DE ESTEBAN SANZ
ILUSTRACIONES DEL AUTOR

MADRID
1 9 5 1



*A Gregorio Marañón Moya,
muy cariñosamente.*



1

La verdad es que ha vivido uno tanto y de tantas maneras, que ha tenido uno tal variedad involuntaria de posturas, que ha bostezado uno de sueño ante el despertar de tantísimos entusiasmos, que resulta disculpable, creo yo, al llegar a ciertas alturas de edad en que casi todo lo que puede ofrecernos la vida está ya repetido en la empolvada y aburrida colección de nuestros recuerdos, mostrar, sin que se tome a impertinencia, cierto cansancio ante las personas y las cosas y los programas que una sociedad timorata y ahorrativa se empeñe en mostrar a unos ojos donde el desdén habita.

No deja de ser curiosa e irónica enseñanza de esta vil sabiduría boba que es la experiencia, ver convertidos en auténticas e insobornables realidades todos los autotópicos que tan falsa como tozudamente fingió en la juventud la «posse» de nuestra imitación del dandysmo.

Y la cosa es que ya no se hace nada en nombre del dandysmo. El dandysmo no existe. Querer ser

dandy es tanto como no serlo. ¿Serlo sin querer? Eso pertenece al concepto de los otros y de ninguna manera al nuestro. En fin...

Un joven ingenuamente devoto de mi persona, o mejor dicho de lo que él veía en mi persona, que sin duda era el espectro de parte de ella exaltado y convertido en el prototipo novelesco que él necesitaba admirar por hacer algo, ya que la juventud también se aburre aunque de otro modo, acababa de decirme:

—Comprendo que no salga usted de casa. Primero, porque esta casa es como un museo de recuerdos... (esto se lo dice a uno todo el mundo como algo obligado). Segundo, porque sentado en ese sillón, entornando los ojos y reanimando en el recuerdo cualquier historia de su existencia, puede usted divertirse solo mucho más que nosotros, los que salimos a la calle pidiéndole al día un argumento en el que meternos para gastar las energías que desperdicia sin poder consumir nuestra juventud.

—¿Usted cree?—le pregunté por comentar de algún modo su pequeño discurso.

—Sí; nosotros no sabemos qué hacer con nuestro temperamento, no encontramos dónde poner nuestras ilusiones... Cada vez la vida es más mediocre y más sosa, más prevista y menos emocionante. Ustedes alcanzaron aún las últimas migajas de un mundo fabuloso que ya no es sino historia, museo...

2

Cuando el joven se marchó creyendo que ya había contemplado bastante tiempo el objeto humano de ese museo que yo representaba para él, me quedé pensando en lo que había dicho. Es una cuita general a todas las generaciones eso de creer que los anteriores se llevaron las llaves de ciertas cámaras secretas y la fórmula de determinados climas felices y millonarios de algún aspecto que la juventud se cree pobre. A mí me había ocurrido algo muy semejante también. Cuando se es joven, suele mirarse al viejo con curiosidad y con ira, con envidia, deslumbramiento y al mismo tiempo cierto asco en el que interviene un débil sentimiento de caridad. Con todo lo que el joven ve que tiene el viejo, cree que su juventud marcharía más cómodamente, más fácilmente y, sobre todo, con mayor seguridad. Probablemente, es un error de perspectiva. Si las seguridades y privilegios que da la vejez los tuviéramos siendo jóvenes, no nos servirían para nada: los desbarataríamos, y si los aprovecháramos, nos volveríamos viejos en plena juventud. Y, por otra parte, ¿qué le quedaría al viejo si le desposeyeran de esos privilegios que son sus únicos bienes?

No, no; la vida está bastante bien organizada, sin duda. Eso de que se debía empezar en general y terminar en soldado es una tontería absoluta. La misma fama no es nada. Lo que importa es la lucha por la fama. Luego la fama cansa, aun con su suavidad confortable, como un vals que no se acaba nunca.

En cuanto a la idea de mi joven visitante de que sentado en un sillón, entornando los ojos y reanimando en el recuerdo cualquier historia pueda uno divertirse... ¡Qué sé yo! De eso habría mucho que hablar. Con uno mismó caben pocas juergas de la imaginación. Lo que más nos aburre es el propio yo. Hace falta ser muy tonto para mantener falsamente las aguas de Narciso en la bañera de la egolatría y mirarse sin sentir náuseas. ¿Hay algo más aburrido y más desolador que mirar hacia dentro y hacia atrás y ponerse a jugar entre las sepulturas donde están enterrados todos los «nosotros mismos» que se fueron muriendo? No será a mí a quien puedan divertirle estas bromas macabras y de dudoso gusto. Uno es ya casi un caballero serio.

Cuando recordamos a los demás, ocurre lo mismo. A nadie se le puede recordar en sí. Todo argumento humano está mezclado al propio argumento. Los demás existen o han existido, en tanto que algo suyo nos corresponde o nos correspondió. De ahí que cuando damos por terminada una época de nuestra vida supongamos automáticamente

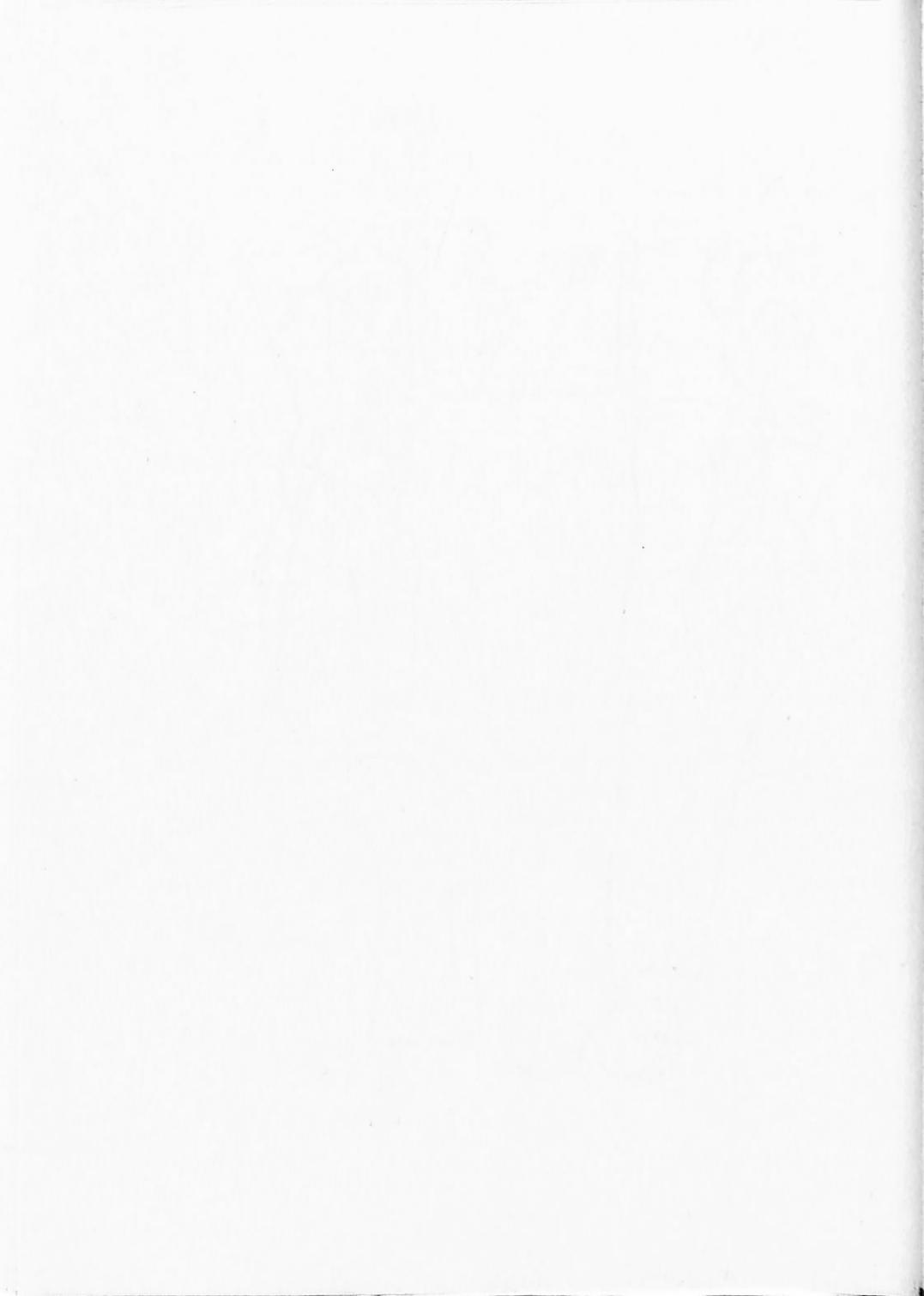
que los personajes de aquella época han debido de desaparecer ya. Es difícil imaginar que nadie ha seguido viviendo allí donde nosotros hemos muerto ya. Por eso, cuando alguna vez reaparece un ser lejano que corresponde a un tiempo clausurado y sin eco vital en nosotros, este ser nos trae, inmediatamente a la efímera alegría de verle, un fastidio de plomo, una ira sorda y seca, casi inconfesable, y lo vemos como un fantasma que viene a enturbiarnos, a intentar poner en pie cosas que ya teníamos como definitivamente yacentes. Este notario imprevisto de alegrías y tristezas pasadas irrumpió en nuestra actualidad como un intruso, nos zarandea con insufrible frivolidad el pasado, pone delante de nuestros ojos el yo que ya no somos, nos habla con un lenguaje que nos resulta doloroso, porque ya no sabemos pronunciarle, y por cortesía nos obliga a jadear cantando aquella canción para la que ya andan viejos nuestros pulmones y no tiene registros nuestra voz.

¿Por cortesía? Por cortesía y por miedo. Esta sombra que al hablarnos interroga concretamente a nuestro cadáver tiene nuestro secreto, el secreto que no lo era cuando a él se lo dimos espontáneamente como una flor natural y salvaje. ¿Quién podía suponer entonces que aquellas alegrías orgullosas iban a ser recordadas después por nuestro yo como un secreto triste y vergonzante? Pues bien, así es. Así es aunque no lo queramos, aun-

que este estúpido fantasma no lo comprenda o
haga que no lo entiende.

Todas estas reflexiones, nada profundas por su-
puesto, las sacó como un nervio de mi conciencia
tranquila y adormilada el joven ese que vino a
verme y que me decía que sentado en un sillón
y entornando los ojos...





3

Traen mala pata estas cosas. Son como llamadas que sin saber hacemos al destino. Como andar dando golpes en la puerta de una casa que sabemos abandonada. Y si contesta alguien dentro, ¿qué pasa?

Llevaba varios días ocupado en la plena actualidad más o menos displicente de mi vida y podría decir con justeza, aunque parezca paradoja, que descansando sobre el cansancio que me dejara mi última enfermedad. Los nervios se iban recuperando poco a poco. No salía aún de casa más que por precaución por pereza y voluntuosidad de no vestirme, de no calzarme, de tener ya desde por la mañana puesto, bajo la bata, el mismo pijama con el que me había de acostar.

El joven en cuestión se equivocaba de medio a medio. Yo no pensaba en absoluto en mi vida pasada ni tampoco en mi vida futura. Por lo menos hasta que él vino a hablar de estas cosas, lo que no hacía demasiada falta, ciertamente, para hacerme unas preguntas vulgares con destino a una de esas encuestas en las que venimos mezclados escritores, barmans, futbolistas y médicos.

No soy rico para permitirme esos lujos con frecuencia, pero disponía de algún dinero para no tener que trabajar en cuatro o cinco semanas, y como otros se van al campo a reponerse, yo, que en fin de cuentas a nadie tengo que darle razones y con mi pan me lo como, estaba encerrado en casa gozando con cosas muy sencillas que me tenían gratamente ocupado.

Quizá nadie tenga el menor interés por saber qué cosas eran éstas, pero como algo hay que hacer y no me gustan los misterios tontos, puedo decir que me distraía en ordenar una vitrina que había vaciado para que limpiaran sus lunas y en pasar parte de los libros de una biblioteca del salón grande a unas estanterías nuevas que pocos días antes de caer enfermo me dejó instaladas el carpintero en un pequeño saloncito contiguo. Con los libros ya se sabe lo que ocurre: se van amontonando, los vamos poniendo horizontales en los huecos que quedan entre las hileras bien ordenadas y luego es un ciempiés para encontrar algo y una monstruosidad a la que se acostumbra nuestra vista, pero no la de los visitantes.

En cuanto a las vitrinas, no sé qué sistemas seguirán ustedes. Yo tengo mis manías. No permito que los criados las limpien sino cuando se ponen ya indecentes de polvo, y aun entonces tengo que pensarlo mucho antes de decidirme, y cuando lo hago, he de ser yo mismo el que saque todas esas

menudencias entrañas y el que vuelva a ponerlas, procurando dejarlas tal y como estaban, porque los objetos sufren con que los muden de sitio y hacen así entre ellos como amistades, y nada cuesta, si se piensa bien, respetar el sitio al que se han acostumbrado y tener los marfiles chinos juntos y no ponerles en medio una figurilla de arte negro con la que debemos estar seguros de que no pueden entenderse de ninguna manera.

En estas cosas andaba yo distraído y modestamente feliz, y bien sabe Dios que de ningún modo en repasar la película apesosa de mi vida ni en divertirme sólo pensando en lo que me había divertido hacia veinte años. Pero yo os digo que de estos quesos misteriosos lo malo es empezarlos, y el pajolero y joven periodista debió atraer sobre mi casa los rayos del pasado con sólo imaginarse que yo debía pasarlo muy bien pegándole solitarios mordiscos. Estaba yo con una estatuilla egipcia en la mano dudando dónde había estado antes para volver a situarla, cuando entró la muchacha, diciendo que me llamaban al teléfono desde Barcelona.

—¿Quién es?

—Han dicho que el señor no recordará el nombre...

—¿No sabe usted que no estoy nunca para desconocidos?

—Como es una conferencia...

—Aunque sean tres conferencias. Que diga quién es y si no que se vaya al diablo.

La estatuíta egipcia siempre tuvo la pega de que hay que respaldarla en el fondo de la vitrina, porque no se tiene de pie. Y al fondo de la vitrina se pierde y no tiene gracia.

4

Cada noche tengo yo buen cuidado de desconectar el teléfono supletorio de la alcoba para que suene lejos de mí y no pueda despertarme ese imbécil que quiere llamar a otro número a las cuatro de la mañana. Pero aquella noche me olvidé por completo.

Es curioso en qué pequeños detalles anda buena parte de nuestro destino. Aunque por mil razonamientos se niegue uno a admitir el fatalismo, aunque pensando las cosas crea uno que éstas ocurren más por casualidad que por causalidad, es evidente que existen algo así como pequeños diablos imprevisibles que le meten a uno en un lío cuyo origen inicial está en un tonto detalle que pudimos evitar y que no evitamos... tal vez porque así estaba escrito.

La noche a la que me refiero fué, al principio, como todas. Me acosté pronto, a eso de las diez, llevándome, igual que siempre, tres o cuatro libros en previsión de un insomnio y que, como siempre también, no había de leer para nada. Disolví la pastilla de fanodormo en el vasito con agua, la tomé, puse a mano en la mesilla las gra-

geás para la tos. Leí los periódicos, recé mis tres padrenuestros y apagué la luz.

No sé cómo se dormirán ustedes. En esto, como en todo lo demás, cada cual tiene, sin duda, sus manías. Yo suelo hacer una especie de repaso del día que se ha ido y otro del siguiente, procurando no pensar en nada que pueda desvelarme. También tengo algunas ideas fijas que fatalmente me acuden a la memoria pocos segundos antes de entrar en el sueño.

Debía llevar dormido más de dos horas cuando sonó el teléfono de un modo imperativo y tan cerca de mí que me desperté sobresaltado. Aun comprendiendo mi olvido de desconectarlo, me asustó aquello, y pese a que por sistema huyo de ponerme jamás al teléfono directamente, cogí el aparato y, sin tomar la precaución siquiera de disimular la voz, pregunté quién era. Me respondió primero, rápida, una voz de mujer, diciéndome que hablaba con Barcelona, y luego una voz de hombre, que me preguntó si era yo, y al contestarle afirmativamente, me dijo en un buen español, pero con mal acento :

—Soy Harris, ¿se acuerda usted de Harris? ¿No?... Pero ¿cómo se puede ser tan ingrato?... ¿No recuerda de veras a Charles Harris, de Montreux?... ¡Ah, bueno!... ¡Ya decía yo!... La última vez nos vimos en Venecia... ¿Se acuerda usted mejor ahora? ¡Ah, bueno!... Pues estoy en

Barcelona, he leído varias cosas de usted... Sí, sí... ¿Sabe usted con quién vengo a España?... (Facilito al lector la conversación evitándole mis ligeras intervenciones.) ¿A que no lo adivina?... Con una mujer encantadora... Muchas gracias... ¡Claro que la conoce usted!... Vamos a ver si recuerda su voz...

Entonces se puso al teléfono una mujer que me habló más concretamente:

—Soy Margarita... ¿Qué tal estás?... ¿Cómo que qué Margarita, sinvergüenza? ¿Has conocido a tantas Margaritas en tu vida, so golfo?... Claro que soy esa Margarita... ¿Quince años?... ¡Y diez o doce de propina! ¡Ya ves las vueltas que da el mundo: ahora soy Mrs. Harris!... Le he contado todo a Charles. ¡Lo que se pudo reír de la coincidencia!... ¡Oye, oye, pelmazo!... ¿Estás ahí?... ¿Ya duermes la mona?... No me vengas con cuentos, que yo me sé ya ese disco de la salud... ¡Oye, oye!... Que pasado mañana, hacia las once de la noche, estamos en Madrid, ¿entiendes? Lo primero que haremos en seguida es ir a tu casa. Charles te trae un whisky que quita la cabeza... ¡Bueno, adiós! ¡Pasado mañana!... Charles que te dé un abrazo... Y yo, con su permiso, te doy un beso... ¡Adiós!... ¡Pasado, hacia las once!... ¡Adiós!...

Van ustedes a comprender el que yo no pudiera dormir en toda aquella noche. La pastilla de

fanodormo se pasó de rosca, pero aquel incongruente recado telefónico no podía merecer menos que un insomnio mantenido de pitillo en pitillo hasta encontrarme ronco y deshecho a la hora en que me entraron el desayuno.

Tal vez ustedes con una noche así habrían rechazado el desayuno y advertido que se disponían a dormir toda la mañana. Ninguna oficina ni deber perentorio me esperaba a mí, pero vivo en un orden tan monótono como encantador, que no puedo permitirme cosas que puedan resultar disolventes de las costumbres logradas en mi casa. Una camarera es una camarera; no hay que sacar las cosas de quicio. Le ha costado cierto tiempo aprender que, ocurra lo que ocurra, debe entrar el desayuno a las nueve y media en punto; que ese desayuno ha de consistir en un café con leche a una temperatura determinada y exactamente cuatro churros y tres buñuelos, salvo los lunes, en que no hay buñuelos ni churros y debe entrar en la bandeja una ensaimada que, como ya saben ustedes que no son como las de antes, ha de traer de determinada confitería, donde no las hacen mal del todo.

¿Cómo podía yo, sin riesgo de que no me entendiera, explicarle lo de Harris y Margarita a la muchacha? ¿Cómo desautorizar mis propias órdenes y rechazar el desayuno diciendo que lo pediría más tarde? Las gentes que repiten con pesa-

dísima insistencia eso de que el servicio está cada día peor no se paran a pensar si una gran parte de este fallo no se encuentra en ellos mismos. Hay que aprender a mandar y sacrificarse un poco por mantener ciertos principios esenciales para un mediano orden.

Bien comprendía yo que iba a estar dormido y reventado todo el día, pero insisto en que quien algo quiere algo le cuesta. No es uno tan tonto como para tirar las cosas por la ventana por dormir tres horas más, aunque ya podía permitirme ser tan tonto como todo eso, puesto que tengo un nombre literario que da claro derecho a eso si se piensa fríamente lo que cuesta acreditarle en España y lo imposible que es, ya una vez acreditado, desacreditarte por babión que te vuelvas.

Lo de Harris y Margarita no es tan sencillo de explicar ni mucho menos, y casi da ganas de dejarlo y ponerse a escribir otra cosa, porque es lo que yo digo, que lo insufrible de las novelas es ponerse a explicar cosas que a uno mismo de pensarlas les dan ya dolor de cabeza. Cuando el escritor se para a pensar si alguien realmente puede interesarse por estas explicaciones y más bien lo duda, se le cae el alma o el cuajo a los pies. Pero, claro, es lo de siempre: ¿para qué es escritor el escritor sino para escribir?

Verán ustedes: El que Margarita y Mr. Harris hayan coincidido en la vida y se hayan nada me-

nos que casado es tan absurdo y tan misterioso para mí, que en realidad quienes deben de explicarlo es ellos. Yo no sabía que Margarita hubiera salido de España ni que Harris estuviese nunca por nuestras tierras. Margarita, cuando yo la conocí, era un pequeño gorrión sentimental de los Madriles, un ser gracioso popular y simple con el que yo tuve una aventurilla ni complicada ni dejada de complicar, de la que no puedo tener hoy más recuerdo que el que deje, por ejemplo, un vaso de horchata en una noche de verbena. Hay que decir que la horchata era buena, aunque también pienso en la sed con que vería estas cosas un hombre que entonces tendría poco más o menos veinte años.

Mi memoria para algunas cosas tiene una precisión fotográfica. Podría ahora, de saber dibujar, hacer un perfecto retrato de ella. No creo que a ustedes les interesa mucho y lo paso por alto. Era bonita y un tanto bestia, sentimental, desinteresada y pobre. A Mr. Harris lo conocí hace relativamente poco—siete u ocho años—en Montreux, y su tipo humano bastante excepcional lo llevé a un cuento cuyo ambiente discurre entre enfermos raros y caprichosos. Como tengo a mano el cuento, puedo reproducir unos cuantos párrafos, que les darán a ustedes idea de qué tipo es este Mr. Harris y a mí me evita el tenerle que volver a describir, cosa que siempre es pesada.

«—Sinceramente hablando: lo he probado ya todo y con nada ni en nada me queda algo que hacer. Las ciudades me aburren, aparte de que sólo hay cuatro ciudades en la tierra: Nueva York, París, Berlín y Londres, y ya, personalmente, no me sirven. El campo me embrutece, la montaña me da melancolía y el mar me destroza los nervios... Hace años que no puedo cultivar los vicios porque me avergüenza su limitación; los alcoholes me revuelven el estómago antes que logren perturbarme un poco; el juego, que ilusiona algo a los que pierden, es fastidioso para quienes ganamos ese dinero sin necesitarlo. El amor físico suele tener tan pocas complicaciones, que cuando decidí abandonarlo ya llevaba muchos años bostezando y durmiéndome sobre el objeto de la aventura. El deporte no me interesa, y la lectura añade muy pocas novedades a todo lo que ya conoce una persona medianamente culta. La mayor parte de las noches no sé adónde ir: el teatro se ha convertido en un arte para tontos y el cinema es el opio barato para las multitudes proletarias, a las que se sirven unas princesas de risa y unos criminales que no asustarían a un niño de buena clase.

—¿Y qué hace usted en Montreaux?

—Yo no hago nada, es mi pulmón el que pasa unos meses. Como no nos podemos separar, tengo que acompañarle. En fin de cuentas, mi enfermedad es la única distracción que tengo.

—¿Cuántos relojes ha comprado usted hoy?

—Ciento treinta y tantos... Ya creo que no podré comprar muchos más, porque aun contando con los que han vendido el suyo y a los cuales se lo he vuelto a regalar, apenas queda ya una persona que no tenga mi reloj de regalo.

—¿Y esta forma de la filantropía, tiene alguna explicación?

—Desde luego. Es una manera de humillar a la industria relojera suiza. En el momento que las camareras y los barrenderos tengan un magnífico reloj de oro, no habrá turista que quiera adquirir esa ordinariez.

—¿Dispone usted, efectivamente, de tanto dinero como dicen?

—Dispongo de mucho más... Pero ¿de qué me sirve?

—¿Y por qué está en este hotel tan sencillo?

—Confidencialmente le diré que medio lo he comprado. En los grandes hoteles no admiten enfermos, los sanatorios me resultan insoportables, y vivir solo en una villa me pone los pelos de punta. Aquí creo que podré estarme cuatro o cinco meses hasta que vuelva a Nueva York. También he elegido Montreaux porque me pareció lo más tranquilo e independiente dentro del límite mínimo que necesito: que haya tiendas, cervecerías y alguna sala de té.

—¡Vamos! Veo que algo le distrae a usted, después de todo...

Mr. Harris hizo un gesto de infinito fastidio, y sin importarle un pimiento mi presencia cerró los ojos como disponiéndose a dormir. Por mi parte, abrí el *Journal de Genève* sin excesivas ganas tampoco de enterarme de lo que ocurría en el mundo.»

Ya creo que no necesite nadie que copie más para convencerse de que Mr. Harris era un *snob* de cierto ingenio y alguna mala uva, poderoso y arbitrario y capaz de ejercer la incongruencia hasta el punto de casarse, como por lo visto había hecho, con una española popular a quien yo perdí de vista y de pista hace tanto tiempo como ya he dicho.

La edad de Margarita calculaba que pudiera ser ahora de cuarenta y bastantes años, y la del viejo loco americano no creo que bajará mucho de los sesenta. Cómo se han conocido y entendido, repito que lo ignoro. Sé lo que ustedes: lo que me dijeron por el maldito teléfono aquella noche.

5

Ignoro lo que les pasará a los demás y, en realidad, me importa un pimiento. A mí, el no haber dormido me deja todo el día de mal humor y con una marcada tendencia al pesimismo. Me levanté a mi hora, tomé un baño, me sumergí en la bata de franela, leí los periódicos pasando por alto lo de Corea, que me embarulla las pocas ideas que me quedan, y sin poder hacer otra cosa mejor, me puse a pensar en la desgracia que se veía encima.

Si ustedes anduvieran por dentro de mí como anda esta débil sangre, que hay que estar siempre reforzando en su déficit de glóbulos rojos, admitirían sin dificultad que no exagero nada al llamar desgracia a la anunciada y doble visita.

Uno se ha pasado casi la totalidad de la vida representando comedias. Creo que, en parte, es un sino, y que esto es de natura como el salir rubio o moreno. Pero en mi caso se combinó siempre con una especie de bondad quizá un tanto ridícula, y desde luego ni agradecida ni pagada por nadie. Tal vez sea necesario aclarar un poco es-

tos conceptos, que considero esenciales para que ustedes puedan entender hasta qué extremos era grande preocupación para mí e incomodidad del alma lo que ocurría con lo de Harris y Margarita.

Yo, lo que no puedo, es defraudar a nadie, a no ser que la lucha por la simulación necesaria me rinda y dormido deje caer las armas de la ficción y me duerma en la derrota. Desde muy joven se apoderó de mí esta autoexigencia. A muy temprana edad llegué al convencimiento de que no somos ni en nosotros mismos ni por nosotros solos, sino precisamente en los demás que no forman una determinada idea y dimensión moral de nuestra persona, y ésa es la que vale, vive y actúa, siendo nosotros en ellos cada vez más perfectos y completos—esto es, mejores y más vivientes—según más nos adaptamos a esa versión ajena que da fe de nuestra personalidad. Dirán ustedes que una postura así es incómoda. Pues sí, lo es; pero como todo, tiene sus encantos y hasta íntimas voluptuosidades. Por otra parte, no existe nada que nos perfeccione mejor en la vida que la incomodidad. Si ustedes meditan un poco, el mismo camino de la santidad no es nunca otro.

A cada criatura que me conoció acercándose a mí con determinada ilusión, yo procuré servirle en esa ilusión el «yo» que era su «tú», y, natural-

mente, ni Margarita ni Mr. Harris fueron excepciones de esta especie de filantropía secreta que yo ejercía como penitencia y cilicio de narcisismos y, en cierto modo, de vanidades fáciles. Digo vanidades fáciles porque es posible que esa bondad de origen farsante llevara en su tuétano un difícil orgullo. No me he parado mucho a pensar lo, en realidad, porque mi vida no tuvo muchas ocasiones para la meditación y porque la meditación me aburre o me pone nervioso, y alguna vez que la he intentado me dió picores como de sarna.

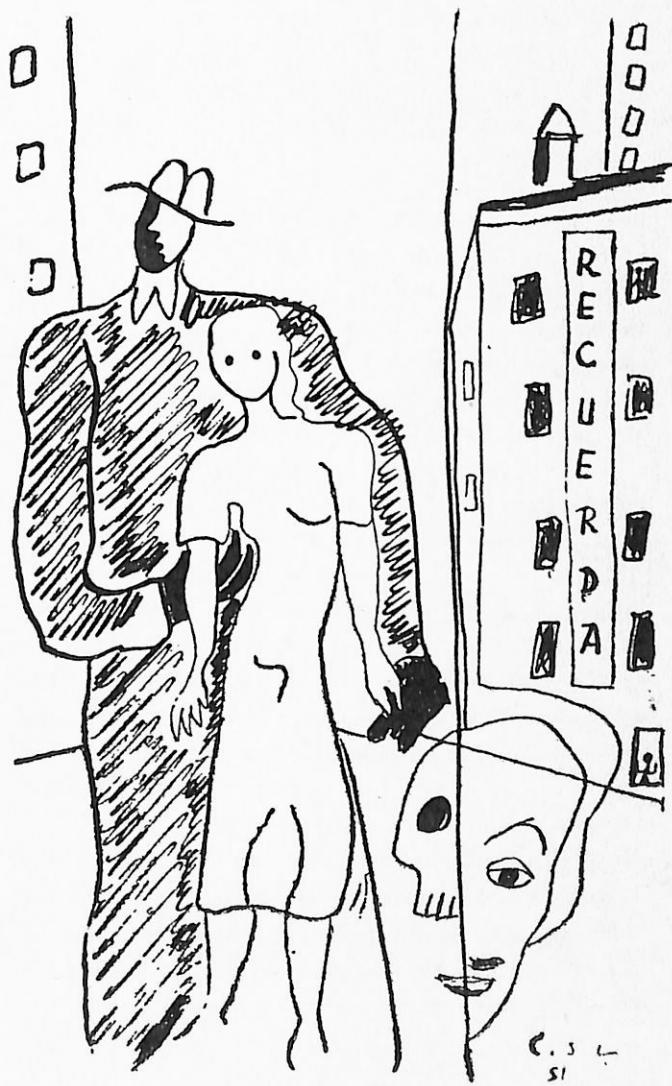
Si poniéndome vendas a heridas de esas que en la confesión hacen bonito he podido repetir como bien aplicada a mi persona aquella elegante frase de Rimbaud: «Por delicadeza he perdido mi vida», la verdad, entre nosotros y aprovechando que ando en trance de confidencias, es que tampoco lo he pasado mal ni mucho menos. Hay quien escribe novelas y se divierte de tan inocente modo, y si es francés, inglés o yanqui, hasta le dan dinero, lo que desde aquí asombra y admite pensar si en aquellos pueblos las gentes andan bien de la cabeza. Pues lo mismo existen otras criaturas, entre las que me cuento, que en vez de escribir esas novelas, las viven por las buenas—y por las malas—, y como hay de todo en el mundo de los hombres como en el de los argumentos que buscan los literatos, alguna vez lo pasa uno como

los ángeles, si bien otras como los demonios y de cuando en cuando como en una novela rosa, lo que sirve de saludable descanso.

No rechacé nunca cuando vinieron derechos los infiernos, si bien, según fuí teniendo años, con un criterio un tanto ecléctico y razonable. El infierno no está mal y tiene su gracia si las quemaduras sólo son de primer grado y se sabe distribuir las como una criatura más decidida a ser superviviente que suicida, a empeñar el alma y no venderla y a condenarse, pero nunca del todo. Para entendernos, os diré que cuando tocó infierno, yo procuré, dentro de un discreto reformismo, que fuera infierno confortable, sin trasnochchar demasiado, que estropea el cuerpo, ni abrasarse la mano con un cigarrillo hasta que tú, mi amor, digas basta; ni otras zarandajas que, a mi entender, ha superado lo que podríamos llamar, por usar alguna vez esa palabra tan cara a nuestros padres, el progreso.

A los veinte años yo iba bien para lograr una vida bella, y hasta llegué a formularme un mote famoso de otra manera a como es, pensando en imprimir papel con estas palabras: «Un bello vivir toda una muerte honra.» Si no lo hice no fué por arrepentimiento de su pedantería, sino por falta de voluntad para apartar cinco duros del gasto de calle e irme a una papelería. Las

cosas como son. Luego, eso de la vida bella me pareció pesado, y ella misma se fué torciendo de su posible hermosura porque los años traen de todo en el pico, y no vas a decir a cada dos por tres: ¡ay, no, que eso no encaja en una vida bella!



6

Yo les digo a ustedes mi verdad también por seguir mi papel, porque supongo que ustedes se han formado ya la ilusión de que yo soy un escritor sincero y no cuesta mucho serlo cuando se trata de una novela corta, y la verdad no necesita abultarse con mentiras, que es lo que ocurre con las novelas muy gordas, que no pueden engordar sólo de pan, pan y vino, vino.

A propósito de seguir un papel o de seguir pa-
peles y de aquello que les decía de haberme pasa-
do casi la totalidad de mi vida representando co-
medias, tanto Harris como Margarita suponían
dos obras de un repertorio ya olvidado, y me pa-
recía gran fastidio volver a estudiar los libretos
y un riesgo de ridículo, amén de mil sufrimien-
tos, cantar para ellos la romanza que sin posible
duda venían a exigirme.

Ahora irán dándose ustedes cuenta de la razón
de mis tribulaciones, de la noche sin sueño y de
la mala mañana con que se inició el día siguiente.

Sobre tales fastidios existía además lo que ellos
se hubieran dicho mutuamente de mí, ya que sin
duda mi persona tenía que ser un tema suyo de

muchas conversaciones. Poco tenía qué ver aquel queridillo juvenil e impulsivo que al conocimiento de Harris habría llevado Margarita, con el hombre ya un tanto cansado de sí mismo y de vida irónica, que al conocimiento de Margarita podía haber aportado el americano. Bien seguro que de no decirse el nombre ninguno hubiera reconocido en la descripción que el otro hiciera que se tratara del mismo. Y es que, en realidad, no eran el mismo esos dos seres que de común no podían tener otra cosa que el nombre. A mi vez, mis simpatías no hacían muchos distingos entre el uno y el otro, de tal manera a este tercero de hoy le parecían fantoches ambos, y convendrán ustedes que es natural el que yo así pensara no siendo como no soy de esos babiones que guardan sus rizos en naftalina y retratos propios en álbumes especiales.

Sin embargo, con aquellos dos trenes humanos que se me venían encima no podía prescindir de pensar en lo que yo había sido para ellos y en el recuerdo que cada cual tendría de mí.

No crean ustedes que me he permitido yo muchas aventuras fáciles, de esas que son así con poco drama y conflicto, como aquella de Margarita. Bien sabe Dios que no quiero darme, ni mucho menos, importancia, porque la vanidad la tiene uno ya muy débil y en todo caso puesta en otras cosas; pero la verdad es que las historias de

mi corazón son todas de alguna importancia, y las principales exigieron tanto tiempo que no pude honradamente en un primer grupo de selección contar más que hasta cinco que merezcan sin posible duda el nombre de amores, en el total de una existencia. Eso, empezando de muchacho y terminando ahora que me apartan más de diez años de aquella frontera en la que el Dante establecía el medio del camino de la vida.

Luego, de cierta calidad lo que ha tenido uno más que otra cosa, son encontronazos, llamadas de bella o atractiva situación que no quemaron más que unas semanas o unas horas. De modo que precisamente por su vulgaridad y su insignificancia, ahora el pensarla con calma, resulta que lo de Margarita tiene cierta gracia de excepción y un marco de nostalgias madrileñas.

Es complicado explicar qué es un ser que no es nada. Margarita, allá por los años juveniles cuando yo la conocí terminando mis inútiles estudios para abogado, vivía por Cuatro Caminos con un padre viejo y en mal uso que no salía nunca de casa. (Bien probable es que aquel pobre señor fuera entonces algo así como lo que físicamente soy yo ahora.) Se quería dedicar al teatro, creo yo que sin haber puesto en claro que Dios no la había llamado por aquel camino, y nuestro encuentro fué bastante absurdo. Ya escribía yo, naturalmente, y publicaba artículos y no-

velillas cortas donde podía, y Margarita tuvo la extraña idea de copiar una novela mía con letra microscópica en un papel de fumar y de venir a enseñarme su prodigo. Por entonces estaba muy en auge este modo de perder el tiempo, y había verdaderos monstruos que mostraban incluso un capítulo entero del Quijote escrito en una cerilla y locuras parecidas.

Ante el insólito homenaje, me creí obligado a decir esas cosas de que me gustaría mucho que tuviéramos ocasión de vernos alguna vez y charlar tranquilamente, y como Margarita era rica en tiempo, ya que lo perdía escribiendo cosas en letra muy pequeñita y pretendiendo entrar en algún teatro, me dijo que el tal deseo podía cumplirse aquella misma tarde. Nos citamos en un café de la calle de San Bernardo, y más o menos nos vimos o no nos dejamos de ver en cuatro o cinco meses.

Margarita era de tipo claro, con ojos grises un poco miopes, ojos buenos y humildes, algo así como ojos de bordadora. Ella apenas fué nada para mí, pero yo fuí mucho para ella, no en el sentido puramente amoroso, sino en un orden de deslumbramiento. Sus novios anteriores habían sido seres vulgares, y yo entonces era un pedantón de tomo y lomo, niño muy complicado y sofisticado que, una de dos, o daba cien patadas desde el primer día o armaba un considerable ba-

rullo en una cabecita como la de aquella muchacha que empezó a aprenderse quién era Baudelaire, Verlaine, Leonardo, Oscar Wilde, etc., etcétera, cuando apenas si sus adoraciones anteriores habían llegado, con algún esfuerzo, a don Pedro Mata.

Margarita fué, sin duda, en aquellos días de nuestra relación la segunda persona de España que creía que yo era un genio descomunal. Inútil es decir que la primera era yo mismo. Como sobre los problemas intelectuales era un hombre apasionado en la intimidad y de tan buenos resultados prácticos como podía serlo el que más, pues Margarita estaba encantada y dispuesta a escribir la historia de nuestros amores en un garbanzo. A todo esto, yo tenía eso que con imprecisa precisión se llamaba «novia formal», y Margarita pensaba en casarse con un primo suyo que estaba ganando dinero en América para volver poderoso y digno de su mano. Sin el menor aire de traición ni asomo de mal gusto, ésta es la verdad, Margarita me leía las cartas de su primo, que se encontraba en Méjico, y yo le hablaba de mi novia. Nunca produjo nadie escenas de celos, como si aquello nuestro fuera algo aparte, algo así como un suplemento de nuestros destinos perfectamente compatible con ellos.

Habrá que decir que con todo lo intelectual que ustedes quieran, yo era un señorito engolfado, y

que Margarita, no por la existencia de mi novia, sino por otras causas, se llevaba disgustos frecuentes, que siempre terminaban igual: llorando por aquellos ojos buenos y humildes de bordadora y deseando que yo la convenciera de que las cosas eran de otro modo y que lo que mejor quedaba era tomarse unas copas en un comedorcito de la Bombilla. Como andaba yo más pobre que una rata, ella tuvo, más de una vez, que convidar a estas reconciliaciones, porque, aunque poco, que bien modesta era su vida, siempre tenía cinco duros salvadores en tiempos en que dos ya permitían cumplir todo un programa de ingenuos desenfrenos mecidos por las notas chulonas y un poco tristes de un organillo de jardín. Luego la acompañaba yo a su casa. Madrid ardía en verano y era aún un Madrid íntimo y pequeño, familiar, dulce y al mismo tiempo agresivo. Su barriada obrera andaba siempre esquinada de buen humor y chulería, y yo la llevaba agarrada del brazo, como prevenido para la bronca, porque yo era un señorito litri para su calle y ella apretaba tal vez más de la cuenta sus hermosuras.

Lo de Margarita terminó, porque todo ha de terminar en este mundo, y la última vez que nos vimos fué una noche de septiembre ancha y alegre, con algo de maceta, en que se indignaron los geranios de su sangre caliente porque me vió con otra y se vino hecha un toro al bulto y armó la de San Quintín, con vergüenza mía de las palabras

que se le desataron en la boca y júbilo general en la terraza donde ocurrió el suceso. Total, que yo la tuve que mandar a no sé cuántos sitios feos, que amagó con un soplón la breve damilla que conmigo estaba y que no volví a ver ni a la una ni a la otra ni supe más de Margarita, sino que poco después había debutado como corista, lo que llenó de desdenes mis remilgos.

Historia, como ustedes ven, fué aquella bastante tonta y sin otros encantos que los naturales y episódicos de la carne en primavera, que se olvidan, como es natural, y no dejan rastro si no nos los recuerdan por teléfono en unión a otra historia cuya relación no entendemos.

La amistad con Mr. Harris tampoco fué gran cosa en aquel escenario bello y triste hasta el bostezo del alma que es Montreaux y donde el lago está más herido aún de melancolía que en Ouchy.

Como estábamos en el mismo hotel, caro para mí y demasiado modesto para su condición de millonario, teníamos muchas ocasiones al día para hablarnos, y creo que Harris llegó a tenerme una simpatía. Andaba yo muy de vuelta de muchas cosas, y no quería ni necesitaba nada ni de Suiza ni de Mr. Harris, lo que notaba yo que a él le producía curiosidad y cierto asombro. Este asombro se produjo la primera vez cuando se enteró que yo no estaba enfermo, que yo no era deportista, que yo no era comerciante y que pasaba una temporada en Montreaux por idénticas sinrazones que podía haber elegido el Congo belga.

Su asombro continuó cuando conociendo ya por varias conversaciones que yo no era hombre sin posición económica alguna y estando enterado de las malas condiciones en que editábamos nuestros libros los escritores españoles, me ofreció correr con los gastos de imprimir una novela que sabía

que estaba haciendo y pagarme por ella diez mil francos suizos, lo que era un puro disparate de generosidad. Cuando le dije que agradeciéndole mucho su oferta ésta no me interesaba ni poco ni mucho, se quedó amoscado, casi ofendido, y me habló del absurdo orgullo español.

—No es orgullo, querido Harris—le dije—; es que yo no soy ya tan joven ni todavía tan cínico para que pueda tentarme que usted me dé diez mil francos suizos por un original y lo mande usted imprimir como el libro de un aficionado. ¿Qué diablos iba usted a hacer luego con esos ejemplares? Es todo tan confuso que comprenda usted que no tiene sentido... Yo escribo para las gentes de mi país... No soy ningún escritor internacional, y publicar un libro en español y en Suiza es bastante absurdo.

—¿Querría usted más de diez mil francos? Puedo darle lo que guste.

El que no entendiera mis razones me irritó. Llegué a ponerme violento y a decirle que resultaba estúpido que no tuviera para medir las cosas otro sistema que el de su talonario. Mr. Harris recogió velas y no volvió a hablarme del asunto.

Aquí hubiera terminado la historia de no encontrarle dos años después en Venecia. No pensaba yo encontrarle ya nunca ni para nada, pero mucho menos podía suponer que el encuentro se produjera como se produjo aquella noche en el

Casino del Lido. Llevaba jugando más de media hora en la ruleta varias combinaciones en las que no fallaba nunca un pleno, un caballo o un cuadro al número 28, cuando en una de las boladas salió este número correspondiéndome caballo, calle y pleno, éste de alguna importancia, pues había puesto mil liras. Cuando me disponía a cobrar todas mis posturas, alguien reclamó el pleno, con estupefacción por mi parte. Era una señora joven y vulgarmente bonita que estaba de pie. Insistí en mi derecho, y cuando el *croupier* parecía indeciso y yo cortésmente explicaba que el pleno me correspondía y que llevaba largo rato jugando a este número, terció una voz detrás de mí, diciendo :

—Cédale usted ese dinero a esa señorita y no discuta ese puñado de fichas.

Me volví, molesto, y sonriente y como triunfal me encontré con Mr. Harris. En la efusión de sus saludos y entre vivas protestas de los demás jugadores por la interrupción, se pagó el pleno de mil liras a la señorita en cuestión, y apenas si me dió tiempo a recoger con la raqueta lo que me habían pagado de las demás posturas. Me levanté con un mal humor que intentaba a duras penas disimular.

—Le he costado a usted un puñado de liras, ¿no es eso? Pero ¿qué quiere usted, amigo mío? Me es simpática la gente que levanta muertos. Es

un nuevo deporte que ahora cultivo... Juego, y de diez veces que gano, cuatro o cinco me dejo quitar el dinero por alguien... ¿No cree usted que cuando lo hacen es porque necesitarán ese dinero más que nosotros?

—Sí, desde luego, en el caso de usted...—respondí no sin alguna ira—. En fin..., ya no jugaré en toda la noche, puesto que he pagado no más cara de lo que usted merece, pero sí a buen precio, mi entrada para volver a encontrarle. ¿Qué diablos hace usted en Venecia? Este clima le debe sentar como un tiro.

—No lo crea usted... Pero de todo eso vamos a hablar al bar con un buen champagne delante, ¿no le parece?

Y nos fuimos al bar, yo por dentro acordándome de todos los muertos de aquel majadero de Harris, cuya broma me había costado treinta y seis mil hermosas liras, que no eran nada despreciables, máxime cuando yo estaba agotando mi dinero y me esperaba una buena cuenta en el Danielli, del que me debía despedir dentro de dos días, porque dejaba ya Venecia.

Encontré a Harris más disparatado que nunca, bien que sin perder el tono indiferente y entre-dormido, que era en él característico. Me dijo que había tomado una villa en Abazzia, y que cuando le entraba muy fuerte el aburrimiento venía a pasar unos días en Venecia.

—Venecia siempre es Venecia—dijo cerrando luego los ojos, como si este esfuerzo del pensamiento le hubiera dejado rendido.

Después pidió un buen champagne, que era, ciertamente, lo menos que podía hacer; y siguiendo su costumbre un poco impertinente, que yo conocía de Montreaux, no me consultó ni sobre la marca ni el año, porque no le cabía en la cabeza que nadie le superara en conocimientos ni gusto. Las bodegas del Lido dejan mucho que desear. Volvió el camarero diciendo que no tenían lo pedido, y entonces le recomendé que se conformara con un discreto «Ayala», que tenía yo bien experimentado.

Harris me preguntó por mi vida y si ya ganaba más dinero con mis libros. Le contesté que no y que me había contrariado su intervención en el asunto del pleno, porque aquellos miles de liras me venían muy bien.

—¿Se molestaría usted si yo le pago una racha de tres plenos al veintiocho?

—Sí, me molestaría, y le ruego que hablemos de otra cosa. ¿Cuál es su nueva chifladura?

—Ya se lo he dicho. Me dejo levantar muertos, lo que me permite humillar mi suerte, que es disparatada y no me interesa; favorecer a unos mangantes sin que crean que yo les favorezco directamente, lo que detesto, y observar de cerca a la pobre Humanidad. ¿Sabe usted que de cada diez

personas que se deciden a pasar por la violencia de reclamar lo que no es suyo, ocho, cuando menos, son tan imbéciles que no se van a la calle, sino que continúan jugando, perdiendo con su propia mala suerte lo que mi suerte personal les había regalado? Luego, si no tiene usted prisa, voy a hacerle algunas demostraciones prácticas de estas curiosas experiencias.

Hablamos de algunas otras cosas. Me dijo Harris qué había decidido no volver a Suiza y que le sentaba mejor el clima del Adriático, que más de la mitad del secreto de las enfermedades del pecho estaban en los nervios—extraña teoría—, y al cabo de una hora o cosa así me propuso que júgáramos un rato próximos, pero cada uno nuestro juego propio, y que observara, si quería, de cuando en cuando el suyo.

—Cuando yo abra la pitillera sin sacar ningún cigarrillo, es que hay «muerto» a levantar a la vista. Generalmente suelo jugar números bajos, al contrario que usted.

Estaban las mesas muy llenas, y sólo encontramos silla en una de ellas para Harris, y eso hablando un empleado con una señorita de inconfundible aspecto, que se levantó, dejando al americano su plaza. Yo me quedé de pie a su lado y empecé a jugar mediocremente a rojo y a negro, y sólo de cuando en cuando algún cuadro o alguna calle. En realidad jugaba por pura fórmula, y

en cambio estaba atento a las fichas de mil liras que lanzaba Harris, creo yo que más bien al puro azar de donde caían.

De pronto vi que acertaba un pleno al número doce. Un pleno de mil liras. Pusieron sobre el doce la ganancia, y Harris no la movió. Se repitió el número, y Harris, ante la fuerte cantidad que se acumulaba, sacó en perfecto silencio su pitillera sin tomar de ella ningún cigarrillo. Entonces, con toda la naturalidad que pude, reclamé la postura poniendo mi mano derecha en el tapete. Recogí el magnífico montón de fichas grandes, casi una pequeña fortuna, y miré a Harris, que no movió un músculo de su rostro.

Lo que esperaría Harris de todo lo que había pasado, no lo sé todavía. Supongo que supuso que se trataba de una broma mía con moraleja de enseñanza. Pero la enseñanza la llevé a sus últimos límites. Cambié las fichas, regresé al Danielli, hice mis maletas y dejé Venecia.

No volví a ver a Harris en mi vida, y la verdad es que se me había borrado del recuerdo hasta que me habló por teléfono desde Barcelona.

Lo que más me intrigaba, naturalmente, seguía siendo la absurda coincidencia de aquellos dos seres. ¿En qué camino del mundo se habrían encontrado? ¿Cuándo ocurrió su conocimiento? Me imaginé que Margarita pudiera haber progresado en su arte, un tanto confuso y pobre en los días

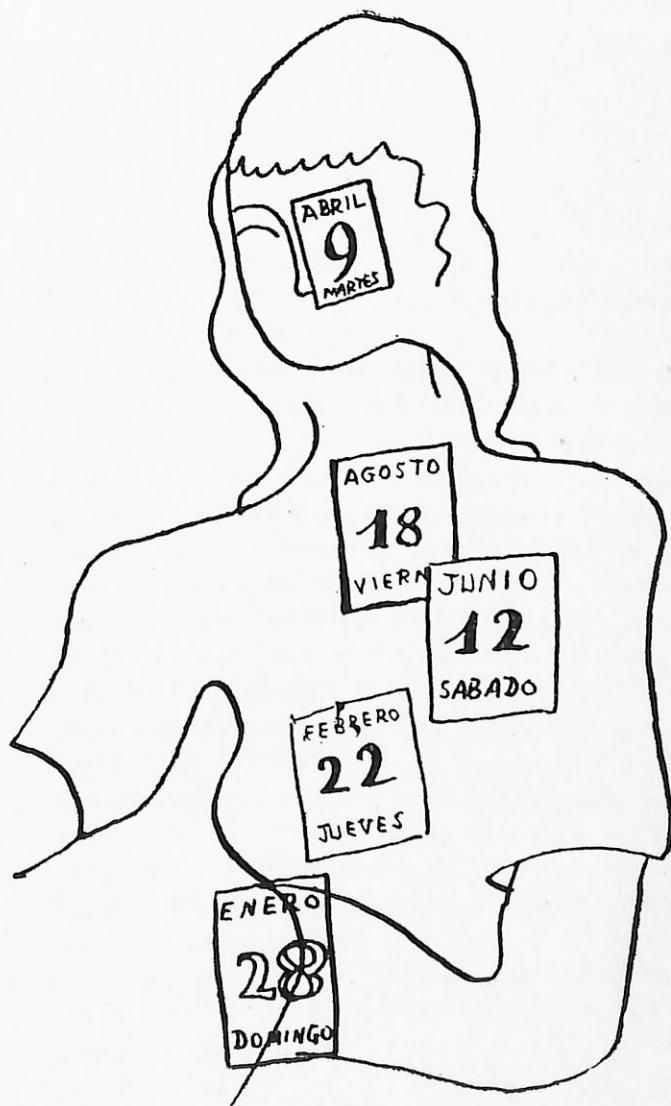
de su vida que me correspondieron, tanto que recuerdo cómo ella no había aún decidido si cantar o bailar. Cantaba un poco, casi como cualquier mujer, y cada mañana iba a una academia de baile próxima a la plaza del Progreso para aprender «clásico».

Si Margarita se hubiera convertido en una mediana estrella, lo natural es que yo tuviese noticias de ello. Cabía pensar, eso sí, que adoptara un nombre de guerra y que con él saliese al extranjero haciendo pequeñas españoladas. Pero de todos modos, quedaba muy misterioso que a un hombre como Mr. Harris, tan de vuelta de todo, tan nada sensible a los encantos serios e importantes que pudiera tener una mujer de primerísima condición y belleza, sintiera algo por una criatura que ya no era nada del otro jueves ni mucho menos hacía veintitantes años.

Mentalmente yo ponía sobre el recuerdo físico de Margarita todo ese tiempo y me hacía cruces de cuáles podían ser los encantos que le habían llevado nada menos que a ser la mujer de uno de los hombres más poderosos del mundo y de un hombre como Harris, francamente difícil, escéptico, al que se imaginaba uno muy bien mandando al diablo a Greta Garbo en sus buenos tiempos o a «Gilda» en los de ahora. Tampoco era fácil admirar progresos sensacionales en la inteligencia y sensibilidad de Margarita. Cuando me

habló por teléfono, pude recordar en seguida su abrumadora vulgaridad, que no había variado, y, por otra parte, había sido siempre tan corta de luces que no parecía probable una evolución extraordinaria.

Harris tenía mal concepto de las mujeres. Alguna vez habíamos hablado de esto, y a mí me irritó siempre la dureza un tanto estúpida con que hablaba de ellas. En lo de las mujeres, no tenía imaginación y procedía como un ser vulgar y misógino de la pequeña burguesía, enquistado en cuatro tópicos de una vulgaridad impropia de su personalidad. No hacía falta ser un lince para comprender que aquel extraño ser, condenado a encontrar siempre el aburrimiento al fondo de todos los caminos de la extravagancia, no había sido afortunado con la mujer. Probablemente recibió algún duro golpe en tiempos en que aun concebía ilusiones, y desde entonces le invadió un resentimiento y una desconfianza que, como en tantos casos parecidos, se aunaba a una timidez fácil de observar, porque Harris, cuando estaba con alguna mujer, no sabía disimular su malestar, su incomodidad, que no se producía de fuera a dentro, sino de dentro a fuera.



8

Pasé el día siguiente a la conversación telefónica en estos pensamientos, y apenas pude poner la imaginación en otra cosa.

Veía con horror y fastidio su llegada. Era evidente que yo tendría que adoptar alguna actitud, o, mejor dicho, hasta cuatro actitudes, jugadas al mismo tiempo: una para Margarita, otra para Harris, la tercera para los dos juntos y la última conmigo mismo. Todo esto hace unos años no me hubiera inquietado ni poco ni mucho, e incluso podía haberme divertido, pero ahora me alteraba físicamente como podía afectarme una gripe.

Nada de particular tendría que Margarita viniera con vagas esperanzas de iniciar uno de esos pesadísimos *flirts* basados en la nostalgia de los buenos tiempos y que Harris considerara poco menos que un deber suyo de elegancia facilitar estas cosas, provocando una vida frívola y suntuaria durante unos días como marco decoroso para nuestro encuentro sentimental.

Lo que podía ser en Madrid esta vida frívola y suntuaria me hacía temblar de espanto. No teniendo ellos casa, tendría yo que poner la mía

para muchas cosas, y lo que era peor, querrían ellos agotar todo un programa nocturno de cabarets y de *boites*, de flamenquismo e interminable *tournée des Grands Ducs* por tascas y lugares pintorescos de tapado. A este horrible plan se uniría el afán de Margarita de enseñar al americano su Madrid y la inevitable pedantería convencional de visitar museos y quizás de querer conocer a algún intelectual decorativo, amén de las obligadas excursiones de siempre.

Ya me veía en el monasterio de El Escorial hasta resentirme de la ciática, y en Toledo, y en Avila, y en Segovia, y comprando trapitos en los pueblos y abominable loza donde la hubiera.

Hacía falta una juventud a prueba de bomba para soportar lo que se venía encima sin previo desvanecimiento.

Ya a la noche, y con un día aun por medio entre mi felicidad y mi infortunio, pensé que todo aquello era rigurosamente estúpido, que ningún compromiso tenía yo ni con Harris ni con Margarita, y que lo mejor era huir de Madrid, dejándoles una carta que explicara la imprevista contrariedad de un viaje urgente e inaplazable.

Pero de pronto cuando paseaba, como dicen las novelas, cual tigre encerrado por la biblioteca, esta felonía cobardona me tocó la conciencia y hasta me pareció síntoma decadente haberla admitido ni por un momento.

Los esperaría, si no a pie firme, a butaca firme, y ya vería cuál actitud adoptaba. ¿No es uno un ser independiente que ha llevado la vida como ha querido? ¿Por qué ahora no había de hacer lo que me viniera en gana con la improvisación? Pero una voz íntima me echaba la mentira gallarda por el suelo, contestando que para ser posible lo segundo tendría que ser cierto lo primero, y no una falsedad como una casa. ¿Qué diablos iba a haber sido yo un ser independiente nunca? Por hacerme esta ilusión, jamás pude usar de independencia alguna.

Entonces, admitida ya sinceramente la triste realidad, ¿es que tan nada era yo ahora que no podía hacer de tripas corazón unos días e imitar, aunque fuera mediocremente, la novela que iba a pedírseme? En resumen, lo más que podía ocurrir era beber un poco otra vez, aguantar con discreción las nuevas originalidades que trajese en cartera el loco de Harris, y si no había otro remedio para quedar medio bien, ¿qué pasaba por jugar un pequeño *flirt* con Margarita si éste venía en el programa de fiestas españolas del extraño matrimonio?

Más envalentonado con estos últimos razonamientos, me levanté para llegar hasta el espejo del cuarto de baño. Era ésta la primera casa mía que en tres habitaciones comunicadas no tenía un solo espejo, detalle en el que sólo caí entonces.

Al ponerme en pie me entró un poco de mareo, y al dar el primer paso, el nervio ciático de la pierna izquierda, como si la contrariara la estupidez de su dueño, me obsequió con un picotazo magnífico. Llegué al espejo y me estuve contemplando un rato. Se notaban, claro es, los años; pero ¿no habría cumplido Margarita otros tantos? Esto en una mujer es siempre más grave que en un hombre... Entonces, como un tibio consuelo que me hizo mucho bien, pensé que nada de raro tendría el que ella se considerara ya tan al margen de algunas cosas como yo, y que todos esos propósitos estuvieran lejos de su actual pensamiento. Hay que confesar que sería más cómodo, desde luego. Pero en caso contrario, ¿qué? (Y me crecía de nuevo ante el espejo, apoyando mis dos manos en el lavabo y mirándome a los ojos casi hinnóticamente. Observé que uno de estos ojos, el izquierdo, se escapaba un poco, como viviendo y extraviándose por su cuenta. ¡Bueno! Tampoco intentaba yo seducir a nadie por la exactitud de mis ojos... Lo que me fallaba más era la dentadura. ¡Absurda apatía de tantos y tantos años pensando en poner remedio a esta fuga de huesos o en mandarlos todos al diablo y traer otros sin voluntad y más bonitos!... Pero tampoco lo encontré tan grave. Era cosa únicamente de no reírse a carcajadas con la boca abierta, y, bien visto, pocas cosas podían hacerme ya tanta

gracia como para esto, ni estaba en edad en que fuera discreto andar todo el día en risas sin medida. De canas marchaba bien la cosa. Apenas me habían salido; de cuerpo, salvo el que me inclinaba demasiado, lo que podía atribuirse a modestia de hombre alto, pesaban igual los huesos que antes y la grasa brillaba sólo en deseos de tener una poca. Volví a sentarme entre los libros.)

Lo que Harris pudiera esperar de mí resultaba menos inquietante. Capacidad de conservar y de hacer un ingenio forzado y casi permanente, que a Harris le deslumbraba, no había perdido. El gracioso suceso de Venecia suponía yo que me habría hecho ganar en su concepto y que lo tomaría como una lección a su snobismo y una justa réplica al pleno más modesto que él se permitió el lujo que yo perdiera... Alguien conocerían ellos también en Madrid y aun ellos mismos querían algunas horas para sí, de manera que no había por qué pensar en la angustia de soportarlos todo el día.

Consideré en cambio urgente que la casa tuviera un digno aspecto. Todo estaba patas arriba, y suelos, techos, alfombras, cortinajes y cristales pedían a voces un repaso general. Lo encendí a las muchachas y prometí no levantarme al siguiente día hasta por la tarde, para darles ocasión a hacer una buena limpieza. Bien entendido que la vitrina y los libros no debían ni to-

carse con el plumero, y en esta idea terminé yo de instalarlo todo, jadeando casi y tomando tan en serio el que nada quedara fuera de un orden convencional—el mío—que acabé con dolor de riñones y cené pronto unas bagatelas y me metí en la cama como una parida, resentido y cansado, pero de más animoso humor, lo que, sin duda, con la paliza de las organizaciones me permitió pasar tan buena noche que a la mañana estaban intactas las pastillas para la tos, lo que probaba que ésta no me había despertado en más de ocho horas.

9

Me entraron el desayuno puntualmente, cuando ya me habían despertado los rumores de limpieza general que venían del salón grande sin duda. Como había prometido al servicio que no me levantaría para dejarles el campo libre, me dispuse a leer con calma los periódicos y esperar a que subiera el barbero, al que le había avisado para la una.

Me asombraba a mí mismo el estado de ánimo tranquilo y aun indiferente en que me encontraba. Aquella misma noche debían de presentarse en casa Margarita y Harris, y a mí me parecía la cosa más insustancial y fácil de este mundo.

Si venían en tren, ya habrían salido de Barcelona. Pero era raro pensar que Harris no viajara en uno de sus magníficos coches. Seguramente venían por carretera. Habrían parado algún tiempo en Zaragoza, que Harris, sin duda, no conocía, y llenos de medallitas del Pilar saldrían de allí después de almorzar y descansar un poco. En previsión de cualquier adelanto estaría perfectamente arreglado desde las nueve, y con todo dispuesto para poder «improvisar» una comida en

la que no faltaran los más exigentes detalles, si bien todo así como un tanto familiar, nada pretencioso e incluso con alguna limitación bien estudiada, porque nada me parecía más ridículo que esperarlos como denunciando mis preocupaciones, sobre todo por la manera irónica con que Harris contemplaba cada cosa de los demás en la vida.

Me avisaron que todo estaba listo en las habitaciones principales hacia las cuatro, cuando incluso después de comer en cama me había dormido cerca de una hora. Comprobé el brillo de los suelos, la limpieza de los cristales, etc., y comprendí que no me faltaba sino poner un poco de desorden y naturalidad en todo aquello. Luego fui yo mismo a la cocina para comprobar las cosas, y me senté a hacer tiempo para comenzar a arreglarme de siete y media a ocho.

Ahora que lo pienso, es curioso lo que en cuatro horas puede cambiar un hombre. A las seis o cosa así, después de haberme tomado un buen café con leche, casi, casi yo creo que deseaba ya la doble visita de aquellos dos fantasmas. Pero a las siete volvieron de nuevo las dudas, igual que ocurrió al principio, y esta vez reforzadas por un ataque como de intuición de cosas desdichadas, que empezó proporcionándome una verdadera opresión, un comienzo de mareo y, por fin, dolor de cabeza y como fiebre.

El «yo» desertor volvía a sus razonamientos:

¿por qué aquella estúpida mansedumbre? Si no tenía ganas de verles, ¿qué me impulsaba a hacerlo más que un prejuicio ridículo? ¿Por qué había de importarme a mí lo que ellos pensaran o dejaran de pensar? ¿No estaba en primerísimo término mi comodidad y mi conveniencia? ¡Ah, cuántas cosas así había hecho uno sin que nadie las estimara, sino, al contrario, para terminar llamándome burro a grandes voces de la conciencia estafada por un grotesco principio de cortesía? ¿Por qué no me había escapado a cualquier sitio, a Toledo mismo, a El Escorial o bien a Avila, con la delicia de estar yo solo y riéndome de la cara de infelices que pondrían cuando les dieran mi carta en mi propia casa?

Pensé que eso no tenía ya remedio. Eran más de las ocho. No veía ni escape ni solución, cuando de pronto se me ocurrió pensar en la ninguna diferencia formal que había entre que les dieran mi carta estando yo en Toledo o estando metido en una habitación, como era, por ejemplo, mi alcoba. No iban a ponerse a recorrer la casa. Lo único que necesitaba prever es que quisieran escribir alguna nota para mí o que, incluso, pidieran permiso para descansar un momento... Esto estaba solucionado con encerrarme en la alcoba.

El bienestar que dentro de los malestares que estaba sintiendo se me iba apoderando con esta idea era casi voluptuoso. Hay muchos placeres co-

bardes, pero el de caer de pleno sobre la cobardía como en un colchón y refocilarse llamándose y sabiéndose cobarde, hasta vernos inundados por la alegría vilísima y dulce de la impunidad, es un placer absoluto. Los espíritus heroicos y abnegados se privan de cosas así, quizás porque ni siquiera las intuyen.

Decidido a ello, como un criminal puede decidir su crimen, me fuí a la mesa y redacté una breve carta explicando mi contrariedad infinita por haber tenido que salir precisamente para Barcelona y no saber cómo comunicárselo, ya que no tenía sus señas y estaban probablemente en ruta cuando yo salía de Madrid. Encarecía que me disculpasen, que no se olvidaran de dejar apuntada una dirección y hacerme saber el tiempo que pasarían en Madrid, y que a mi regreso haría todo lo humanamente posible por encontrarlos. Aun tuve inspiración para redactar un pequeño párrafo cariñoso y hablarles de mi impaciencia por verles y de la enorme cantidad de deliciosos recuerdos que su visita traía a mi memoria, rogándoles que mutuamente admitieran mis parabienes, casi envidiosos, por la feliz casualidad que los había unido en la vida.

A previsión de que por cualquier causa pudiese venir uno solo, quise poner ambos nombres en el sobre, pero no me acordaba del apellido de

soltera de ella. Luego pensé que hubiera sido de todos modos impertinente.

Vino el momento concreto de dar las instrucciones oportunas. Después de bien arreglado, dije que suspendieran todo en la cocina y que a las diez me sirvieran en la cama simplemente una tortilla a la francesa y un chocolate con picatostes. Tomé de la biblioteca varios volúmenes y me metí en la cama a las nueve y media.

¡Ah, qué honda, qué ancha, qué brutal delicia! En esta casa donde vivo, la alcoba queda lo suficientemente cerca de la puerta de entrada para tener el inconveniente de que se oigan las conversaciones que en ella puedan ocurrir. Esta desventaja se me antojaba una volubilidad más de mi inmunda situación, con la que gozaba como un delincuente. Oiría la voz ronca de Harris, un poco cómica en su español horrendo, y la voz de Margarita. ¿Cómo tenía la voz Margarita? La había olvidado completamente. Entonces me puse a intentar recordar voces de mujer y llegué a la curiosa experiencia de que la voz es cosa que se olvida, porque no podía reconstruir en la memoria la voz de ninguna.

Pasó el tiempo con una lentitud que me asombraba a mí mismo... Sobre todo de las diez a las once yo creo que esta vez hubo doscientos minutos. Al dar las once, ya tenía yo atestado el cenicero de puntas de pitillos y no había consegui-

do leer cinco páginas del *Diario*, de Amiel, que me llevé conmigo. ¡Qué tío tan poco agradable es este Amiel! ¡Qué fastidioso con el problema de su asquerosa castidad y de sus coqueteos intelectuales llenos de orden y cosquilleo puritano!

Llegué a las once y cuarto, y a las once y media. Entonces me invadió de pronto como una punzada la idea de que no vinieran. Pero no de que no vinieran por un retraso y de que vinieran, por ejemplo, al día siguiente, sino de que ellos no quisieran venir habiendo pensado las cosas como yo mismo y llegado a la conclusión de que no merecía la pena. Este pensamiento me pareció algo insufrible y extremadamente humillante a mi persona.

Sin saber lo que hacía, salté de la cama y me vestí en diez minutos con un traje de calle. Salí por los pasillos, dando contraorden de todo y recogiendo la carta. Mandé encender los leños de la chimenea y todas las luces de la casa.

No podía ser. Resultaba estúpido entonces el que me hubieran telefoneado desde Barcelona. Era evidente que venían por carretera y el retraso no podía extrañar lo más mínimo. Aun no eran las doce. Ahora deseaba fervientemente que llegaran. Me encontraba rejuvenecido, capaz de cumplir bien y con gusto todas las comedias que se me pudiesen pedir. Sonreí con desprecio del ataque de miedo que había padecido. ¿Miedo de

qué? ¿No estaba acaso en mis mejores momentos profesionales? ¿Desde cuándo en nuestra época era una edad caduca la mía? Harris tendría doce o trece años más que yo y Margarita no era ninguna niña ni mucho menos. Si ellos eran ricos, inmensamente ricos, yo poseía otras riquezas que no se podían comprar con dinero. Socialmente les llevaba cien codos de ventaja. Hablaba solo en la biblioteca, y mi propia voz que me salía más clara y más tensa, me animaba.

Repasé las tres piezas con una mirada exigente. Es verdad que los muebles estaban un tanto viejos y que las alfombras no eran muy importantes, pero, ¡qué diablo!, aquella era la casa de un escritor y allí había venido mucha gente poderosa y nada me humilló nunca.

Dieron las doce y media, y la una. Era muy raro ya. Además, podían haber telefoneado. Debían telefonear, sin duda posible. ¿No resultaba una impertinencia tenerme así esperando? Volví a imaginar que ellos, pensando bien las cosas, se hubieran arrepentido de la visita y que aquella llamada por teléfono no tuviese más valor que el de un acto irreflexivo y espontáneo sin valor una vez sometido a razonamiento. Pero en ese caso, ¿qué se había creído aquella pareja de imbéciles? ¿Que yo podía estar convertido en un ser caduco y aburrido? ¿Que yo, por el contrario, no había cambiado en nada y les iba a plantear el

conflicto de comportarme como aquel «yo» de entonces que a ellos podía resultarles incómodo?

El que ellos pudieran haber tenido estos pensamientos me irritaba. El reloj pasaba ya sus manillas de la una y media. Si las cosas estaban así, ¿para qué me habían llamado?

10

No sé cómo pude quedarme dormido en aquel desagradable estado de nervios. Me desperté siendo ya las cinco de la mañana. No habían venido. Y no vinieron al día siguiente ni nunca.

Es raro. Pero es. Y a mí aquella tontería me produjo una impresión de derrota y de infinito fastidio, como si muchas cosas íntimas las hubiera jubilado la vida sin pedirme opinión ni permiso.

Madrid, 7 marzo 1951.



ESTA OBRA
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA TIPOGRAFÍA «GRÁFICAS CINEMA»
DE MADRID
EL DÍA 31 DE MAYO
DE 1951

Depósito Legal: M-12.126-1993

I.S.B.N.: 84-604-6.098-3

HERMOSA, S.L.

ACTA DEL JURADO

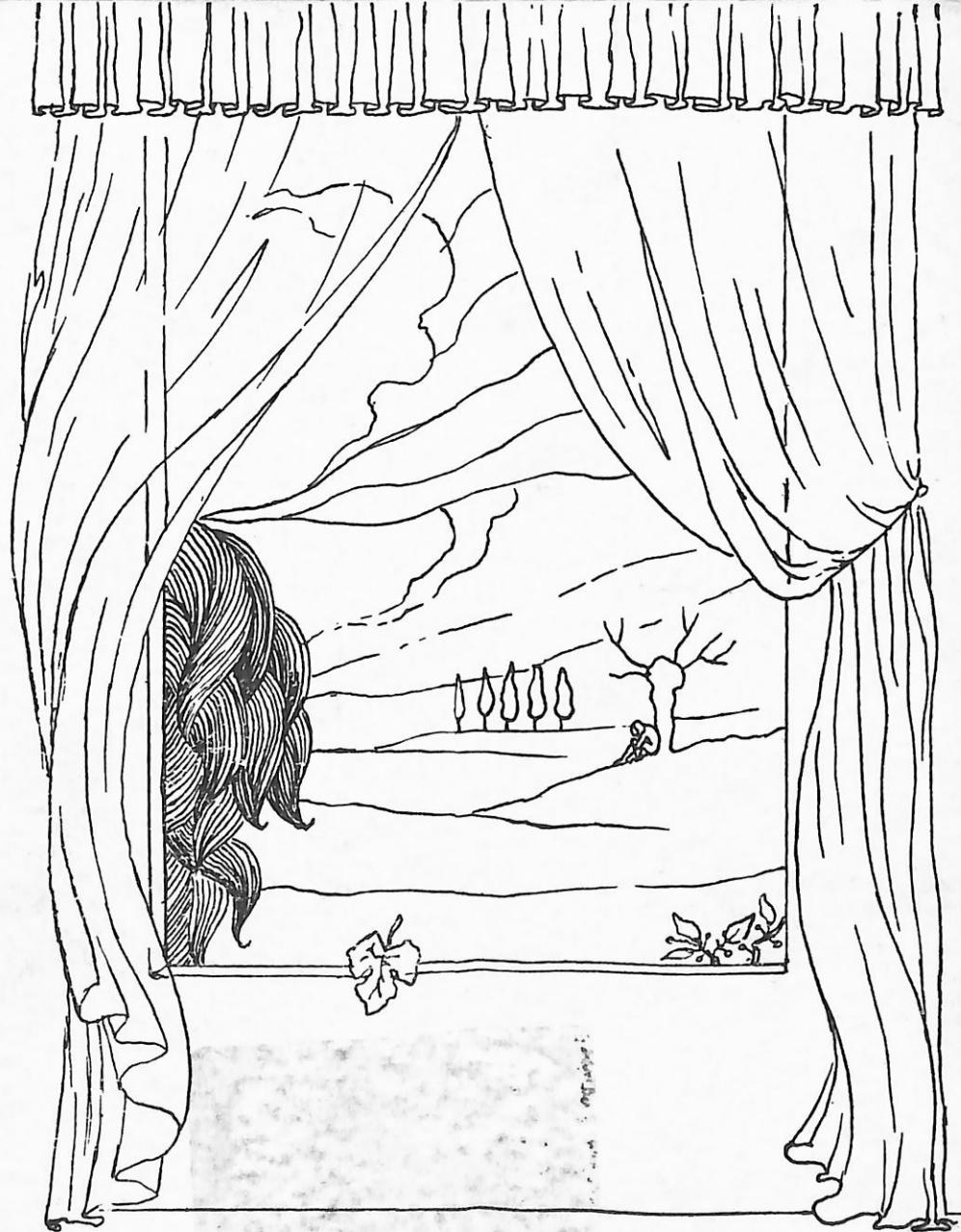
En Madrid, en la noche del 28 de marzo de 1951, reunido el Jurado designado para fallar el Premio «Café Gijón» para novelas cortas, instituido por Fernando Fernán-Gómez, acordó lo siguiente:

1.^º Conceder por unanimidad el Premio «Café Gijón, 1951» a la novela *Ni César ni nada*, original de César González-Ruano.

2.^º Agradecer a Fernando Fernán-Gómez la creación de un segundo premio —consistente en mil pesetas y la publicación de la novela— que se otorga por unanimidad a la novela *El andén*, de Manuel Pilares.

3.^º Mencionar por orden de méritos las siguientes novelas: *Luz entre sombras*, de Rosa María Cajal; *Por el camino de enmedio*, de Juan Pérez Creus; *Pensión Oliver*, de Julio Angulo, y *La aldea*, de Carmen Nonell.

Y para que así conste, firman la presente acta: Melchor Fernández Almagro, Camilo José Cela, Pedro de Lorenzo y José García Nieto (Secretario).



15 Pesetas